

CECILIA CASANOVA

Seductora levedad

Caracterizada por la delicadeza del lenguaje, la poesía de esta escritora y pintora es como un trazo ligero recortado en el tiempo.

BRUNO CUNEO

Seamos breves. Al lector enamorado del infinito juego de las sustituciones simbólicas la poesía de Cecilia Casanova lo priva de comentario. De ella se nos ocurre decir, para no librarnos de un juego al que quizás estamos demasiado acostumbrados, lo que Roland Barthes decía del Haikú: el lenguaje se adelgaza allí hasta alcanzar la consistencia mínima de un trazo ligero recortado en el tiempo por el que las cosas comparecen como puro acontecimiento y ya no como sustancia: "Tras la blancura / de las cortinas de gasa / unas ramas me llaman / Pegado a mis huesos / el silencio / como un muerto al musgo" («Llamado»). Pocas voces el lenguaje alcanza semejante levedad, y Cecilia Casanova posee el magisterio indiscutible de saber cómo lograrlo:

"En lugar de un collar /
Cuelgate palabras / Cisne /
Pila / Nenúfares" («Colgante»).

Mi misma continúa la línea de *El sonido de las estrellas* que la pintora y poetisa, cuyo primer libro data de 1949, publicara hace ya un par de años. Entonces la comparación con la poesía de Emily Dickinson nos parecía inevitable y aún hoy este juicio ha permanecido inalterable. Poesía esencialmente femenina, en el mejor sentido de la frase de John Donne sobre la femineidad —"la mujer es secreta / apariencia pintada"— y de todo lo que de ella puede resultar para la configuración de una poética que le sea ajustada: entre el secreto y la apariencia, en el hiato que religa y separa a la vez, he aquí el "texto místico", la palabra deviene pura seducción, traza y vuelve audible el juego de luz y sombra, de so-

nido y silencio, librado entre el fuero íntimo y la superficie de los acontecimientos en desbandada: "Los niños / corrían por el bosque / que cruja como una bisagra / El / con su procesión por dentro / ella / con la facultad de oír" («Paseos»). Una palabra de más equivaldría aquí a cuatro barcos en una rada. Todo se juega en la palabra justa, como pedía Flaubert o Pound, capaz de dar con la cosa alla prima, ni por el lado de su superficie sola ni por el lado de su mera profundidad, sino en su puro acontecer o aparecer seductor y sugestivo: "Comulgo bajo los árboles / el alpiste / Desde una fuente donde mueren las hojas / Risas de niños me bendicen / Lisa es mi nisa / mi mística / mi misma" («Mi misma»).

MI MISMA**CECILIA CASANOVA**Ediciones Rumbos,
Santiago de Chile, 2001.
56 páginas.

Cuando el mundo amenaza con volverse de piedra, decía Italo Calvino al final de su vida, la literatura está llamada a quitar peso. Cecilia Casanova lo ha entendido bien, su poesía no es ingenua, también ella se resuelve entre "la levitación deseada y la privación padecida". Sus recuerdos de Adolfo Couve o Enrique Lihn en *Mi misma* dan buena prueba de ello. No menos lo hacen aquellos que refieren a ese acontecimiento desarraigante e incapaz de palabra que se deja llamar tan sólo por su fecha; "el 11 de septiembre", bifronte ahora como la mirada de Jano o la Medusa. La levedad y no el espejo, como se sabe, fue la verdadera estrategia de Perseo.

Seductora levedad [artículo] Bruno Cuneo

Libros y documentos

AUTORÍA

Cuneo, Bruno

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Seductora levedad [artículo] Bruno Cuneo

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile